

LIDDELL HART HISTORIADOR MILITAR Y MAESTRO DE LA GUERRA

por el general TOMAS SANCHEZ DE BUSTAMANTE
y el coronel TEOFILO GOYRET
del Ejército Argentino

Va a cumplirse el segundo aniversario de la muerte de Liddell Hart, tratadista militar inglés, contemporáneo nuestro, que ya empieza a ser clásico. Sus consideraciones geoestratégicas, sus vaticinios sobre tecnología militar, sus certeros análisis de las últimas campañas —incluso de la guerra de Liberación española—, le hicieron maestro de estrategia, de táctica y de historia, «un capitán profesor de generales», como le llamaban sus compatriotas, pero también uno de los primeros historiadores actuales.

Por eso, tras su esquema biográfico, reunimos aquí dos meritorios trabajos de historiadores militares argentinos.

Sir Basil Liddell Hart nació en París el 21 de octubre de 1895. Hijo del Rvdo. Bramley y Clara Liddell. En 1918 casó por vez primera y tuvo un hijo. Luego contrajo segundas nupcias con Kathleen Sullivan, viuda de un cirujano.

Se educó en el Colegio Corpus Christi, de Cambridge. Prestó sus servicios en el Ejército durante la G. M. I, en el Regimiento King's own Yorkshire, de Infantería Ligera, resultando herido. A consecuencia de sus heridas fue declarado inválido en 1924. Se retiró de capitán en 1927.

Transformó el sistema de los ejércitos de combate, 1917, con el «torrente desbordador», sistema de ataque y otras evoluciones tácticas que han sido adoptadas desde entonces. En 1920 escribió el Manual oficial de la postguerra, Instrucción de la Infantería y redactó Ejercicios de armas ligeras. Fue un precoz defensor del dominio del aire y de las fuerzas blindadas; en la Enciclopedia alemana Der Grosse Brockhaus, y por el general Guderian, creador y jefe de las unidades

Panzer, se le cita como el «creador de la teoría de la conducta de la guerra mecanizada». En 1927 pasó a ser asesor personal del nuevo ministro de la Guerra, Mr. Hore-Belisha, cuando tardíamente se hizo un esfuerzo para organizar y mecanizar el ejército, para lo cual bosquejó un programa. Pero como los progresos eran lentos comparados con el riesgo inminente de una guerra, Liddell Hart renunció a su función de asesoramiento en 1938 con el fin de hacer presión públicamente sobre las cosas necesarias. Fueron conseguidas muchas de las reformas propuestas, pero la oposición demoró el programa del desarrollo de las fuerzas blindadas y de la artillería antiaérea. Fue corresponsal del Daily Telegraph de 1925 a 1935, del Times de 1935 a 1939, y también asesor de este periódico sobre todos los temas de defensa. Fue redactor de la Enciclopedia Británica. En 1932 y 1933 fue conferenciante en el Trinity College, de Cambridge; miembro investigador de Leverhulme, en 1934. Redactor de la sección relacionada con las guerras mundiales para la Guía de la Asociación Histórica Americana de Trabajos Literarios Históricos, en 1961. Doctor en Letras Honorario de Oxford, en 1964. Miembro honorífico del Colegio Corpus Christi, de Cambridge, en 1965. En ese curso, 1965-66, fue profesor distinguido y conferenciante invitado de Historia en la Universidad de California. Fue nombrado Caballero en 1966. Redactor-jefe de la Historia de la Segunda Guerra Mundial, 1966. Profesor de Estrategia y conferenciante invitado en la Escuela Naval USA para 1970. Dio también conferencias sobre estrategia y táctica en academias militares y escuelas de los Estados Mayores de muchos países. Medalla de oro Chesney, concedida por la Institución Royal United Service.

Murió el 30 de enero de 1970.

Publicó alrededor de treinta libros. Entre ellos: *París o el futuro de la guerra*, 1925. *La nueva formación de los ejércitos modernos*, 1927. *La estrategia del orden de aproximación indirecta* (1.ª edición, 1929; 2.ª ed., aumentada, en 1967). *Estilo británico en la guerra. Reflexiones sobre la guerra. Historia de la guerra mundial 1914-18. La guerra en bosquejos. Biografías de Escipión, Shermann, Foch, T. E. Lawrence. ¿Por qué no aprendemos de la historia? El otro lado de la colina*, 1948. Edición aumentada, 1951. *La defensa de Europa*, 1950. Redactó *Los documentos de Rommel*, 1953. Asimismo redactó *El ejército soviético*, 1956. *Los carros de combate* (historia de las unidades de carros RTC y RTR), 1959. *Disuasión ofensiva*, 1960. *Memorias*, vol. I y II, 1965.

LIDDELL HART HISTORIADOR MILITAR

por el Coronel JOSE TEOFILO GOYRET
de la Escuela Superior de Guerra del Ejército Argentino

El 30 de enero de 1970 falleció, a la edad de setenta y cuatro años, el capitán sir Basil H. Liddell Hart, y con él, a pocos años de la muerte del mayor general sir J. F. C. Fuller (1878-1966), desaparece el último representante de ese binomio extraordinario de pensadores e historiadores militares británicos que iluminaron e ilustraron el pensamiento militar de la primera mitad del siglo (1).

En agosto de 1968, la Biblioteca del Oficial del Círculo Militar Argentino publicó, en dos volúmenes, *Teoría y práctica de la guerra* (2), obra escrita en homenaje a Liddell Hart por sus admiradores, algunos de los cuales se reconocen sus discípulos, cuya atrayente e instructiva lectura permite conocer la profundidad, a la vez que el ecumenismo alcanzado por el pensamiento estratégico del historiador inglés, convertido, circunstancialmente, en militar por imposición del deber ciudadano y proyectado en el ámbito intelectual de la creación estratégica y táctica por una profunda vocación, casi sin paralelo en la historia del pensamiento estratégico.

Más recientemente Eudeba ha publicado una versión en español, titulada *El espectro de Napoleón*, de la obra escrita por Liddell Hart en 1933 (3), que incluye un «estudio preliminar», denominado *Estrategia y política*, escrito por el general don Tomás S. Sánchez de Bustamante, y una Introducción redactada por el traductor de la obra, el historiador argentino don Julio Irazusta. El estudio preliminar y la introducción mencionados, la biografía publicada en aquella Revista número 362 (4), las obras citadas y los libros escritos por Liddell Hart y publicados por la Biblioteca del Oficial (5), explican que no

(1) La «nueva máxima» según LIDDELL HART, Cfr.: *When Britain goes to war*. Adaptability and Mobility. «Faber and Faber», London, 1925 y 1936, pág. 10.

(2) Vol. 596 y 597. Lamentablemente esta magnífica obra aparece afectada por los defectos de la traducción y por faltarle la bibliografía de LIDDELL HART que el original en inglés agrega al final.

(3) *The Ghost of Napoleón*. «Faber and Faber Ltd.», London, 1933.

(4) BRIZUELA SÁNCHEZ, Julio César, Cnl y DURÁN REMO JORGE, Cnl. Cfr.: *Personalidad y obras de los conductores y pensadores, político-militares*. «Revista de la escuela Superior de Guerra». Núm. 362, noviembre-diciembre, Buenos Aires, 1965, pág. 14-20.

(5) Escipión el Africano (vol. 202, año 1935). *La Defensa de Occidente* (volumen 400, año 1951). *El Ejército Soviético* (vol. 487-488, año 1959). *Estrategia. La aproximación indirecta* (vol. 500-501, año 1960). *Disuasión o Defensa* (vol. 544, año 1964).

se intente realizar la biografía, ni una síntesis o análisis de las concepciones del «capitán que enseñaba a generales» y que nos limitemos a recordar la profundidad y trascendencia de su esfuerzo intelectual en el campo de la historia militar, al que roturó y cultivó durante medio siglo.

Liddell Hart hizo su presentación en el escenario historiográfico militar con su *Escipión el Africano* (6), obra cuya importancia, desde el punto de vista de las concepciones historiográficas militares, excede al ya mucho valor de su académica rigurosidad en la «recreación» histórica. Es que esa obra, además de aportar instructivos paralelos entre los grandes capitanes de la antigüedad greco-romana y con Napoleón, posibilita una más completa evaluación de Aníbal como conductor, e induce a más profundas reflexiones sobre grandezas y debilidades de los grandes conductores militares —y también de los políticos— para quienes parece cumplirse inexorablemente aquello del «pecado es soberbia», que les lleva a la repetición de su método y, por ende, a posibilitar el aprendizaje y la superación por parte de sus adversarios.

Quizá una de las más valiosas inquietudes que plantea la atenta lectura de *Escipión el Africano* es: cuando se trata de grandes conductores que han demostrado talento y maestría en la conducción de campañas y batallas, pero no han ganado la guerra, ¿conviene estudiarles sin hacerlo, a la vez, con sus rivales, o es más conveniente estudiar a quien triunfó, en definitiva? Desde que puede argumentarse que, a veces, esos grandes conductores fueron vencidos por falta de apoyo o comprensión de la conducción política o de la «gran estrategia», por emplear la británica expresión de Liddell Hart; pero el argumento no satisface plenamente, pues, entonces, sigue siendo más conveniente estudiar al conjunto más armónico, más positivo, más directamente instructivo; aquél en que la política y la estrategia marcharon tan coherentemente cuanto fue necesario para obtener la victoria. Sin embargo —como lo dice Liddell Hart en la «introducción» de su obra—, «muchas veces, por el fracaso puede llegarse a la fama», y parecería que la «estela luminosa de un meteoro conmueve más que el remoto esplendor de una estrella fija».

En la producción históricomilitar de Liddell Hart, al libro comentado siguió cronológicamente *Grandes Capitanes al descubierto* (7), en 1928, *Reputaciones* (8), que reúne agudas biografías —en algunos casos verdaderos retratos al mejor estilo clásico— de los grandes conductores, vencedores y vencidos, de la contienda de 1914-1918. Esta obra fue un peldaño, en sus estudios históricos de la primera guerra

(6) El volumen 202 de la Biblioteca del Oficial es traducción de una versión italiana del original inglés publicado en 1926, por Blackwood, en Londres.

(7) *Great Captains Unveiled*. Blackwood. London. 1927.

(8) JHON MURRAY: *Reputations*. London, 1928. Existe, al menos, una edición francesa: Payot, 1931.

mundial, que le habría de permitir arribar a su magnífica *Historia de la Guerra Mundial, 1914-1918* (9), en la que, con la misma originalidad e independencia de juicio demostrada en *Reputaciones*, cuestionó históricamente muchos aspectos fundamentales de la conducción política y estratégica de los aliados occidentales.

Pero fue particularmente *Reputaciones* el que le valió más oposición en los medios oficiales de Francia y Gran Bretaña, a la vez que la atención de algunos oficiales «no conformistas» de esos países. Dice el general Beaufre: «sus preocupaciones totalmente alejadas de aquellas de los círculos franceses, particularmente numerosos entre los jóvenes, que no estaban preparados para aceptar la perspectiva de que las batallas de Malmaison y Montdidier habían fijado para siempre el modelo futuro de la guerra» (10).

En 1929 publicó *Las guerras decisivas de la historia* (11), la que, ampliada en algunos capítulos, fue posteriormente editada bajo el título de *La estrategia de aproximación indirecta* (12). Sin duda es esta obra la que más ha contribuido a su fama de pensador militar en el orden estratégico; pero es también, el punto culminante, en el que el estratega se sirve del historiador, en este caso, dados ambos en una misma personalidad.

Al comienzo de esa obra el historiador reclama la máxima importancia para «la Historia como experiencia práctica». Aunque asigna a esa experiencia —singular y en singular— un calificativo de «indirecta» por la forma de adquisición, la elevada sobre la «directa» por la forma de adquisición, la elevada sobre la «directa», la del campo de batalla, porque «la experiencia indirecta tiene siempre sobre ella (la directa) la superioridad de su mayor variedad y extensión» («La Historia es la experiencia universal», es decir, la experiencia no de uno, sino de muchos hombres sometidos a las condiciones más diferentes» (13). Y agrega: «llegamos así a la justificación racional de la Historia Militar, a su valor práctico preponderante para la formación y desarrollo de la mentalidad del oficial. Pero, como en todas las otras clases de experiencia, el provecho a obtener de ella dependerá de la amplitud de su horizonte, de la medida a que se ajuste a la definición antes citada y del método que se siga para estudiarla» (14).

En el mismo primer capítulo antes citado, explica que «el méto-

(9) *A History of the World War, 1914-1918*. «Faber and Faber». London, 1930.

(10) *Liddell Hart y el Ejército Francés. 1919-1939*. Cfr. *Teoría y Práctica de la Guerra*, vol. I, pág. 176.

(11) *The decisive War of History. A Study in Strategy*. G. Bell and Sons Ltd. London 1929

(12) *The Strategy of indirect Approach*. El volumen 500-501 de la Biblioteca del Oficial es traducción de la edición de 1941.

(13) *La estrategia de aproximación indirecta*. Ibérica. J. Gil Ed. Barcelona, 1946, pág. 34.

(14) *Ibidem*.

do adoptado por las últimas generaciones ha sido el de escoger una o dos campañas y estudiarlas a fondo como manera de desarrollar la inteligencia y de establecer a la vez una teoría de la guerra» (15) y, con rigor lógico y verdad histórica, señala el error y el peligro que tal práctica entraña, porque «el estudio intensivo de una sola (campaña), a menos de estar basado en un conocimiento profundo de toda la historia militar, puede conducirnos lo mismo a conclusiones falsas que a un conocimiento perfecto de los hechos militares» (16). Acepta que, si «en una serie de casos tomados de épocas distintas y en condiciones diferentes se comprueba que un cierto efecto se sigue siempre de una cierta causa, habrá un fundamento sólido para considerar esta causa como elemento integrante de toda la teoría de la guerra» (17).

Puede discutirse, desde un estricto punto de vista filosófico, la casualidad expuesta por Liddell Hart; pero, más adelante se explicita aplicando su concepción al orden psicológico vigente en los acontecimientos históricos militares. De tal estudio infiere su teoría sobre «la estrategia de aproximación indirecta» que le ha situado entre los «elegidos» del pensamiento estratégico por la trascendencia que la misma ha cobrado en su evolución.

Toda la primera parte de la *Estrategia de Aproximación Indirecta*, en la que incursiona en la evolución del arte de la guerra del mundo occidental, revela su amplia y profunda versación histórica y revaloriza aspectos —bastante descuidados por la historiografía militar— de la historia del imperio bizantino y de la Baja Edad Media.

Aun admirando los méritos de sus siguientes obras historiográficas *Sherman, el Genio de la Guerra Civil* (18), *Foch, el Hombre de Orleans* (19) y *T. E. Lawrence, en Arabia y después* (20), personalmente apreciamos cómo la mayor de sus múltiples contribuciones a la historiografía militar contemporánea, a su ponderación de la historia del pensamiento militar que, realiza particularmente en su ya mencionado libro *El espectro de Napoleón*.

Se hace justicia recordando que la posición historiográfica de Liddell Hart, respecto a la historia del pensamiento, se manifiesta en 1933, lo que le significa ser pionero en esa nueva corriente historiográfica.

Desde Liddell Hart que «la influencia del pensamiento sobre el pensamiento es el factor más influyente de la historia» y seguidamente, anotaba que «siendo intangible, es menos perceptible que los efectos de la acción y ha recibido mucho menos atención de los es-

(15) *Ibidem*, pág. 35.

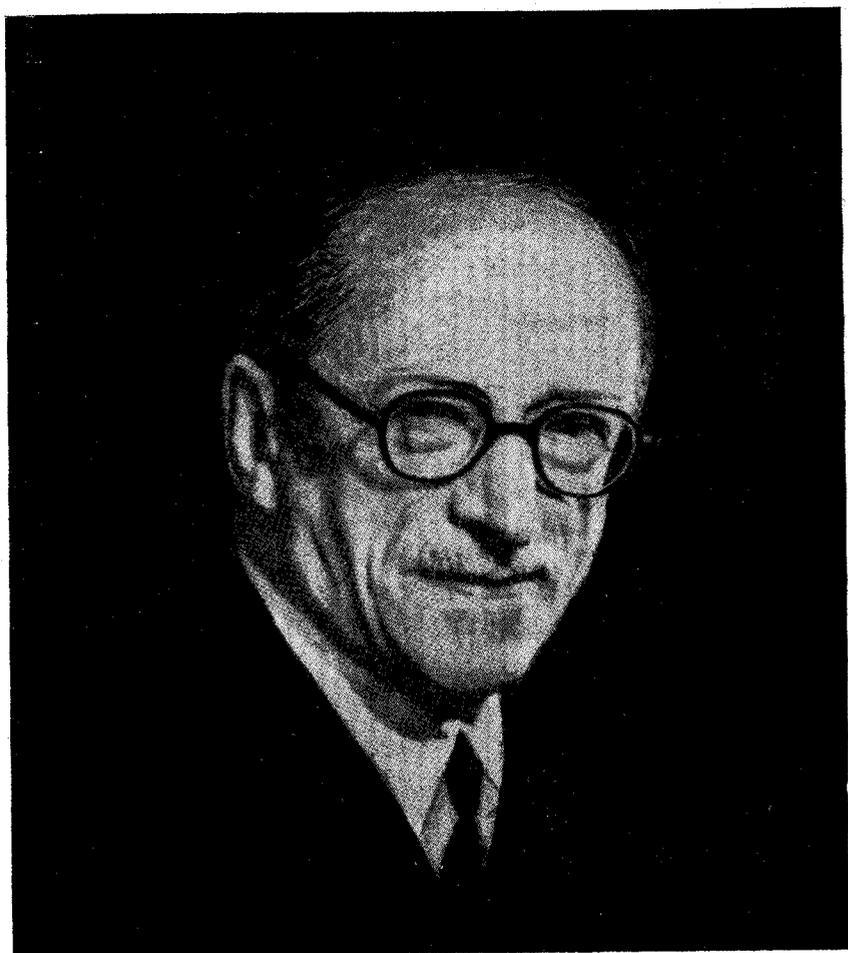
(16) *Ibidem*, pág. 36.

(17) *Ibidem*.

(18) SHERMAN: *The Genius of the Civil War*. Eyre and Spottiswoode. London, 1929.

(19) FOCH: *The Man of Orleans*. Eyre and Spottiswoode. London, 1929.

(20) T. E.: *Lawrence in Arabia and After*. Cape. London, 1934.



*Una de las últimas fotografías
de Liddell Hart (1895-1970).*

LIDDELL HART

EL ESPECTRO DE NAPOLEÓN



EUDEBA

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

CIRCULO MILITAR • BIBLIOTECA DEL OFICIAL
FORMADA CON MEDALLA Y DIPLOMA DE HONOR EN LA EXPOSICION
DE AÑO DE JANEIRO

LA DEFENSA DEL OCCIDENTE

ALGUNOS ENIGMAS DE LA GUERRA Y DE LA PAZ

FOR

B. H. LIDDELL HART

VOLUMEN 396
BUENOS AIRES, JUNIO DE 1961
REPUBLICA ARGENTINA

Dos de las últimas obras de Liddell Hart que definen su pensamiento estratégico y su personalidad histórico-literaria son «El Espectro de Napoleón» y «La defensa de Occidente» cuyas ediciones castellanas se publicaron en Buenos Aires en 1959 y 1961 respectivamente.

critores de historia». Después de explicar que «en el caso de las aplicaciones materiales consideramos justamente al inventor en una esfera mucho más elevada que el manufacturero» y, sin embargo, «rara vez se hace justicia histórica a quienes conciben nuevas aplicaciones que tienen un efecto mucho más amplio en el destino de los pueblos» (21) afirma con razón indudable que «la inspiración de nuevas ideas y la introducción de nuevos métodos en la organización militar, en la estrategia y en la táctica, han desempeñado un papel (que es) casi tan significativo como las hazañas de los genios militares y ejecutivos, aunque hayan sido mucho menos señaladas» (22).

Su decidido, lúcido y continuo abogar por la importancia de los estudios históricos para los profesionales militares, que éstos deberían realizar desde el comienzo de la carrera y a lo largo de toda ella, fue reafirmado, ya en orden a la Historia general, en su pequeño y poco difundido libro (casi un folleto) *¿Por qué nosotros no aprendemos de la Historia?* (23), en el que, en cierta forma, revela sus más decantadas reflexiones como estudioso de la Historia, como espectador de su hacer y como historiador; como cuando, parodiando al mariscal de Sajonia y a Napoleón, dice inclinarse a un proverbio suplementario: «La Historia marcha según los estómagos de los estadistas» (24). Cada uno de sus «nosotros aprendemos en la historia», con que comienza casi todas sus partes, es el anticipo o introducción a alguna profunda e inductiva observación y todas éstas justifican su sintética afirmación que «la exploración de la Historia es una soberana experiencia» (25).

Así como nadie le superó en cuanto a la variedad y proyecciones de sus aportes al pensamiento militar de la primera mitad del siglo en curso, tampoco nadie como él ha investigado la historia militar con tanta originalidad y agudeza.

Bien le corresponde a Liddell Hart el reconocimiento que para los historiadores exigía el viejo Diodoro de Agyrium, allá por el primer siglo antes de nuestra era, porque ellos (los historiadores) «han descubierto el secreto de repartir los frutos, sin los peligros de la experiencia y, por tanto, tienen conocimientos de inestimable valor para ofrecer a los lectores de sus obras. Trabajo y peligro son el precio de la sabiduría práctica, que es obtenida por la experiencia de la vida diaria, y hallamos que el legendario héroe, cuyas experiencias fueron las más grandes, tuvo que sufrir crueles desgracias para

*Ver los casas de muchos hombres
y leer los pensamientos de sus corazones* (26).

(21) *Ob. cit.*, pág. 31.

(22) *Ibidem*, pág. 32.

(23) *Why don't we learn from History*. G. Allen and Urwin Ltd. London, 1944.

(24) *Ibidem*, pág. 8.

(25) *Ibidem*, pág. 10.

(26) DIODORO DE AGYRIUM O AGIRA O DIODORUS SICULUS, circa 90-20 a. Cfr.:

UN CAPITAN MAESTRO DE LA GUERRA

por el General TOMAS A. SANCHEZ DE BUSTAMANTE

Director de Centro de Altos Estudios Militares
y del Instituto de Historia Militar Argentina

El capitán Liddell Hart es muy probablemente el publicista y pensador militar contemporáneo más destacado.

El aporte de sus reflexiones ha sido fundamental en los últimos cincuenta años, tanto respecto del empleo de los medios que los desarrollos técnicos y científicos fueron poniendo en manos de los conductores de hombres de lucha, cuando, muy especialmente, en la dimensión de la estrategia militar y de la estrategia en general, gran estrategia o política de guerra. Esto es, en todo cuanto hace a las formas de empleo del potencial militar y del potencia nacional, para el adecuado logro de los fines perseguidos por la guerra, o sea para cristalizar, a través del empleo de la violencia, una paz justa y estable que sirva al interés nacional.

Sus concepciones teóricas sobre el aprovechamiento del tanque como elemento central de la estructuración de fuerzas blindadas, auto suficientes para operar y combatir, tuvieron influencia decisiva en el mundo militar de la postguerra de 1914-18.

El campo de batalla, en el marasmo estático de las trincheras de la primera guerra mundial, consecuencia del poder de los fuegos y del automatismo de las armas, exigía ser puesto nuevamente en «movimiento». De ahí el tanque y luego las fuerzas blindadas de armas combinadas con capacidad para vivir y combatir aisladamente. Pero nadie es profeta en su tierra. En Alemania, en cambio, el general Heinz Guderian habría de recoger sus reflexiones y enseñanzas, para convertirse en el creador de las fuerzas «panzer» germanas, primero, y luego, en 1940, en su conductor, hasta el Canal de la Mancha en la que Liddell Hart denominó «la más espectacular victoria de la historia militar».

Más tarde, el pensamiento profundo y sistemático del capitán Liddell Hart le llevara a percibir a través de las constantes de la historia militar, la fisonomía estratégica del «secreto» de la victoria; de una clave para materializar, en definitiva, aquello de Napoleón: «Todo se reduce a ser el más fuerte en el lugar decisivo».

Surgió así su teoría de la «aproximación indirecta», en la que cristaliza toda una vida de esfuerzos intelectuales consagrados al estudio de ese drama «medio grave para un fin grave»: la guerra.

Así, la invasión de los mogoles, con su movilización de masas de centenares de miles de hombres y millones de caballos, expandiéndose hasta el Mar de la China, el Danubio, Polonia y el Mar del

Norte, le puso de relieve la importancia fundamental que posee la dirección sobre la cual es lanzada la ofensiva, cuando con aquélla se crea la posibilidad de trastornar todo el dispositivo de despliegue y organización del adversario, amenazando sus líneas de comunicaciones.

La «esencia concentrada» de este tipo de estrategia de «aproximación indirecta» se encuentra presente en las disposiciones de Napoleón en sus campañas o del general Shermann en la Guerra de Secesión o en el «plan Schlieffen» y también en la batalla sobre el Mosa y el Canal de la Mancha en 1940; o en el plan del general San Martín en la campaña de los Andes y ulterior ataque al último reducto realista en América, en su operación por mar sobre Lima.

En estos estudios sobre Napoleón, Liddell Hart señala trazos fundamentales que caracterizan al conductor de hombres en lucha y que se integran en el genio del gran corso, cuyas aptitudes militares se habían nutrido en el estudio de la historia guerrera, especialmente en la obra de los dos escritores militares más destacados del siglo XVIII: Bourcet y Guibert. En efecto, Bourcet, por ejemplo, sostenía la necesidad de la «dispersión intencionada» de las propias fuerzas, que llevara al enemigo a dispersar las suyas, a fin de concentrar así las propias allí donde y cuando fuera conveniente. Asimismo señalaba el valor de un «plan con muchas ramificaciones», esto es, flexible y fácilmente adaptable; como también el operar siguiendo una línea de ataque que amenazara objetivos alternativos. De suerte que, inclusive las operaciones que ejecuta Napoleón en la primera campaña de Italia en 1796, se asemejan extraordinariamente a cuanto concibiera hipotéticamente Bourcet medio siglo antes. Guibert, por su parte, desarrolló la idea de la importancia fundamental de la movilidad y de la fluidez de las fuerzas, así como la de distribución de las tropas de un ejército, organizándolo y articulándolo en divisiones con autonomía para vivir y combatir.

Guibert parecía referirse a Napoleón, cuando una generación antes que él señala que: «Hay que extender las fuerzas sin exponerlas; asir al enemigo sin dejarlas desunidas y articular todos los movimientos y todos los ataques para atrapar al enemigo por el flanco sin dejar expuesto el flanco propio».

Guibert preconizó asimismo la utilidad decisiva del ataque sobre la retaguardia enemiga. Este sería el recurso táctico normal de Napoleón, así como su procedimiento también normal era emplear la artillería de campaña en masa para desarticular el frente enemigo en un punto clave.

Los cambios producidos por Guibert en la organización y equipamiento del ejército francés antes de la Revolución, contribuyeron a crear el instrumento militar cuyas bayonetas llevarían las nuevas ideas de la Revolución detrás del Hombre del Destino: Napoleón.

Guibert había ya anunciado que un hombre que surgiera de una situación revolucionaria llevaría también esa revolución al arte de la guerra. Ese hombre no fue otro que el joven general Bonaparte.

En el escenario de la guerra de la Emancipación Americana, la figura militar del general San Martín se destaca con los nítidos perfiles de eficacia profesional de un Comandante de Tropas instruido y educado en el estudio de los más caracterizados investigadores contemporáneos del arte de la guerra sin excluir a los mencionados.

Así, las ideas fundamentales del plan de operaciones del Libertador, para tomar la ofensiva a través del macizo andino, responden a la más estricta ortodoxia del pensamiento militar de la época y se nos ofrecen hasta hoy como resultado de claras reflexiones, realizadas por un experto profesional de las armas que a sus estudios militares sumaba las experiencias de haber operado en un ambiente geográfico similar, en los Pirineos y en el Rosellón, en las acciones que se realizaron en los escenarios bélicos de Boulú y de Perpignan contra la Francia revolucionaria.

Tal es como concibe realizar la campaña sobre Chile a través de la cordillera andina con elevadísima perfección estratégica, sin dejar nada librado a «su majestad el azar» y en términos generales:

El grueso del ejército se desplazaría por la ruta de Los Patos. Una columna secundaria por la de Uspallata (pasos Bermejo-Iglesias y actual camino internacional; la más corta y directa). Se efectuarían demostraciones en amplio frente por los pasos del Planchón, Portillo, Pismanta y Come Caballos.

La columna secundaria de Uspallata (S) avanzaría rápidamente hasta el valle del mismo nombre, al Este del macizo limítrofe, para cubrir a la capital de Cuyo y también a la retaguardia de la columna principal de Los Patos (N) de los golpes que los realistas le pudieran asestar operando por el camino de Uspallata y valle del mismo nombre.

Ulteriormente, la columna secundaria continuaría su avance para invadir territorio chileno a través de las cumbres, a fin de establecer así comunicación con el grueso ya al Oeste de la cordillera.

Para ello dicha columna secundaria (Uspallata) debería adelantarse hacia el Oeste, para llamar la atención del enemigo y facilitar de esa manera el desemboque total del grueso (Los Patos).

Cuando el grueso alcanzara su desemboque ya al Oeste del cordón limítrofe, la columna secundaria (Sur) avanzaría hacia el Oeste sobre Santa Rosa de los Andes, al Norte de Santiago, facilitando la llegada de la Cuesta de Chacabuco, que cierra el camino hacia la capital chilena.

Si los realistas se dirigieran sobre la columna secundaria de Uspallata, ésta los aferraría frontalmente, para facilitar de esa forma la acción sobre su retaguardia de la columna de Los Patos —Norte.

Si, en cambio, los realistas se dirigieran sobre la masa de las fuerzas, columna de Los Patos —Norte, la columna auxiliar de Uspallata quebraría la resistencia a su frente a fin de atacar su retaguardia.

Las demostraciones se realizarían con cuatro destacamentos pe-

netrando simultáneamente por las rutas del Planchón, Pismanta y Come Caballos, respectivamente, para, fundamentalmente, atraer la atención de los realistas, velando así el avance de la masa, y promover la insurrección en los territorios por los cuales avanzarían, al Norte y Sur de las acciones principales.

Finalmente, si los realistas no entraban en la «línea interior» de las propias fuerzas, se iría a una batalla de «encuentro», a librarse probablemente al Norte de Santiago, sobre cuya dirección indudablemente habría de chocarse con la masa de sus fuerzas.

Esta última circunstancia fue la que ocurrió efectivamente. La maniobra genial que conquista la victoria de Chacabuco ha estado, pues, en embrión, ya en el claustro materno del campamento de Plumerillo, al romper la marcha el Ejército de los Andes hacia su destino americano. El éxito militar coronó la obra del esfuerzo, de la constancia, de la previsión y del talento militar; y el Libertador pudo comunicar a su gobierno: «en 24 días hemos hecho la campaña pasamos las Cordilleras más elevadas del globo y dimos la libertad a Chile».

Otro fundamental aporte realizado por Liddell Hart en el campo del pensamiento militar es el desarrollo de los conceptos sobre la estrategia de aniquilamiento a que se refiere casi la totalidad de la obra de Clausewitz. Este último concepto del accionar estratégico se muestra con nitidez en las guerras napoleónicas y en el estilo del pensamiento militar alemán que personifica el mariscal Moltke y el conde Schlieffe. La misión de un Estado en la guerra es destruir la capacidad de resistencia del país que lo enfrenta, para lo cual la misión principal de su ejército es aniquilar las fuerzas adversarias en una batalla decisiva.

Liddell Hart, en cambio, nos advierte en síntesis que «el agotamiento en la guerra ha destruido más Estados que cualquier asalto exterior»; y que «corresponde a la responsabilidad de los gobernantes no perder nunca de vista las perspectivas de posguerra al perseguir el espejismo de la victoria». «La victoria en su verdadera significación —agrega— implica que la paz siguiente y el estado de su propio país sean mejores de lo que eran antes de la guerra» (ya que) «la estrategia no tiene necesariamente el solo objeto de tratar de destruir la fuerza militar del enemigo». También el general Fuller —amigo dilecto de Liddell Hart— en su historia de la segunda guerra mundial destaca la afirmación de Clausewitz: «El arte de la guerra, destaca el punto de vista más importante, en la política. La subordinación del punto de vista político al militar sería contrario al sentido común, pues la política ha declarado la guerra; ella es la facultad inteligente y la guerra es solamente el instrumento y no lo contrario».

No advertirlo así significó el derrumbe del imperio universal de Europa al finalizar la segunda guerra mundial.

Clausewitz no alcanzó, pues, a desarrollar la parte de su obra

que anunció estaría dedicada a la «estrategia de desgaste», la cual es la clave de la «paz blanca» que arquitectura todo epílogo estable y sólido de la guerra.

Constituye un inteligente esfuerzo de alto mérito y elevada calidad la publicación de una obra como *El espectro de Napoleón*, obra de fisonomía militar destinada —en general— a un público que no lo es.

Ello responde a una exigencia necesaria del mundo contemporáneo, el cual ha sancionado que todo cuanto afecta la seguridad de los Estados, sea conocido por quienes tienen responsabilidad en organizar la defensa de su patrimonio cultural y físico o en el empleo de sus medios e instrumentos jurídicos a tal efecto; así como la necesidad que exista una opinión pública con conocimiento suficiente del problema capaz, en consecuencia, de respaldar las decisiones gubernamentales en el campo de la política de seguridad nacional.

Es obvio que el problema de la seguridad del Estado se vincula al drama de la guerra, del que resulta función matemática directa. Es casi un axioma la definición clásica: «La guerra es la política continuada por otros medios», que Clausewitz hace en su obra, a la que Liddell Hart llama «las sagradas escrituras militares» agregando que, «como ellas, también son más citadas que leídas».

Ello implica que, al manifestarse en la guerra, la política sólo modifica la «gramática» porque ve de suyo que el fin de aquella es la paz.

A este concepto, los teóricos comunistas oponen otro: «La guerra está en el centro de la política»; o sea en la conocida frase de Mao Tse Tung: «La paz es la continuación de la guerra por otros medios».

A través de la historia, la guerra se ha manifestado persiguiendo tres fines de naturaleza perfectamente diferenciables:

1. El aniquilamiento del adversario y la destrucción del pueblo.
2. El desgaste que busca la «paz blanca» y la asimilación e integración de un nuevo estado de cosas del país o grupos de países que se persigue vencer.
3. La conquista psicológica e ideológica de una población.

Su dinámica y también sus causas, sus perfiles y su fisonomía han sufrido una permanente transformación. Ello fue consecuencia, en primer lugar, de los cambios de las organizaciones políticas; en segundo de la constitución social de los estamentos humanos; y en tercero, del desarrollo económico y técnico de los Estados. Dicho en otra forma, las causas de esta evolución han sido el progreso material y las transformaciones sociales y políticas; el aumento de los efectivos en lucha, como consecuencia de este progreso material, y la dimensión cada vez mayor de los grupos humanos que se enfrentaban y de las áreas en las que lo hacían.

Oswald Spengler observó al respecto que la técnica de la guerra

seguía en forma lenta y vacilante el progreso de la habilidad de los artesanos, hasta el comienzo de los tiempos modernos, cuando, súbitamente, obligó a poner a su disposición todas las posibilidades mecánicas. Veía también una estrecha relación en el hecho de que la pólvora y la imprenta entraran a emplearse casi al mismo tiempo de que la reforma contemplara los primeros volantes y cañones de campaña; y de que la primera lluvia de folletos políticos tuviera lugar casi al mismo tiempo que la gran concentración de fuego de artillería en Valmy. Podemos, pues, agregar nosotros, que también la aparición de los medios de destrucción masiva y de alcances terrestres ilimitados coincide ahora con el planteo de la lucha con magnitud global y en el ámbito de lo ideológico.

Las armas de destrucción masiva (guerra biológica-radiactiva-climatológica y atómica) también han generado un nuevo concepto del poder militar. Ya no es éste sólo y simplemente la suma algebraica de otros factores de distinta naturaleza, cuales son los recursos económicos, el desarrollo industrial, la magnitud y calidad integral de la población, etc.

Hoy, en cambio, el poderío militar de un Estado depende de la solidez espiritual e ideológica de la población, y resulta función directa de su desarrollo técnico y científico. Este, inclusive, puede llevar a modificar los conceptos tradicionales de un país militarmente pequeño o grande y, en consecuencia, débil o fuerte, según fuere la simple dimensión de las fuerzas armadas que expresen militarmente un determinado potencial nacional.

En ocasión de discutirse en 1917 en Londres la creación del Comando Supremo Aliado, el «Tigre» Clemenceau afirmó que «la guerra es una cosa demasiado grave para que la manejen los militares».

En los antípodas de este concepto, el mariscal Ludendorff sostenía que: «La política es esa cosa que hacen los civiles», y Moltke «el joven» contestaba a W. Rathenau: «No me moleste con la economía; estoy muy ocupado dirigiendo la guerra».

Liddell Hart, en cambio, nos advierte que:

«De ahora en adelante, los estadistas y sus consejeros diplomáticos deben poseer un mayor conocimiento en los aspectos militares que lo que les era necesario en el pasado. Esto es tan importante como que los militares acaten la dirección política».

Y es que la estrategia general, gran estrategia o política de guerra planifica y administra, en función de las exigencias que resultan de los objetivos políticos, el empleo de todos los medios que constituyen el potencial de la nación. Fundamentalmente participa, en consecuencia, también de las esencias y características de la política, o sea de la conducción misma del Estado en el que se estructura la nación.

Por eso, parafraseando a Clemenceau, digamos que la guerra es una cosa demasiado grave y compleja para que la conduzcan solamente militares o exclusivamente civiles. De ello pues que el conocimiento de su trama corresponda a ambos grupos humanos en su óptica, responsabilidad y circunstancias respectivas.